

Notas del académico Víctor García de la Concha leídas, en su ausencia, por el también académico y director de «Cómicos de la lengua» José Luis Gómez el 2.2.2015 en el Teatro La Abadía, con motivo de la sesión sobre Teresa de Jesús.

Víctor García de la Concha
José Luis Gómez

La llamaron “la santa de la raza”, la emparentaron con héroes de la Reconquista y la entroncaron en el árbol genealógico de una familia de descubridores. Pero ella, Teresa de Jesús, descendía de un abuelo judeoconverso penitenciado por la Inquisición, y su padre, tras haber procesionado con el infamante sambenito por la imperial ciudad de Toledo, centro activo de las pesquisas sobre la pureza de sangre, puso tierra por medio y emigró a Ávila donde justamente le llamaban “el toledano”. Teresa, que, en realidad se apellidaba Sánchez –Teresa Sánchez de Cepeda–, conservará siempre amistad familiar con gentes *ex illis*, como entonces se decía *de ellos*, los judíos marcados, y naturalmente no tendría reparo alguno en elegir como compañero de aventura reformista a otro fraile marcado por el linaje, a un mudejarillo, Juan de Yepes: en religión, Juan de la Cruz.

Si la primera mitad del siglo XVI tuvo en España un carácter expansivo de apertura a Europa, la segunda –el Concilio de Trento comienza en 1545– fue claramente regresiva. Retirado a Yuste, el emperador recomienda en 1558 a su hija doña Juana que actúe “con mucho rigor y recio castigo” contra los “luteranos” de Valladolid, que al año siguiente morirán en la hoguera en la Plaza Mayor. El pueblo venido de toda Castilla y que abarrotaba la plaza, vociferaba exaltado.

“Tiempos recios” llamará a la época Teresa de Jesús, que de niña devoraba los libros de caballerías y soñaba con ir a tierras de infieles, y de muchachita leía novelas sentimentales que le incendiaban el corazón. Monja entonces en el convento carmelita de la Encarnación de Ávila, llora desconsolada porque el Índice del gran Inquisidor ha prohibido la tenencia y lectura de los libros que habían constituido la base de su formación espiritual: los místicos franciscanos que le habían enseñado la “oración de recogimiento” y San Agustín, que indicaba que a Dios hay que buscarlo dentro del alma. Ella tenía alma de líder y enseguida contagió su inquietud a un grupo de compañeras.

Un día, leyendo *el Libro de la institución de los primeros monjes*, concibe la idea de revivir de manera actualizada los orígenes de la orden carmelita. No se trataba de hacer un calco arqueologizante. Es verdad que ella quiere conventos que tengan muros altos y huerta ancha en la que puedan instalarse pequeñas ermitas para el retiro del espíritu; pero sabe muy bien que su espacio conventual tiene poco que ver con el de los padres del eremo: es ante todo, un espacio comunitario urbano y, desecha las aldeas porque son “lugares pequeños de doctrina y otras muchas cosas necesarias para dar luz a las almas”. Ella vivió siempre rodeada de letrados cuyo prototipo era su querido fray Jerónimo Gracián. Tan querido, que él llegará un día a decirle que cuide de que las gentes no puedan andar con habladurías. Con la gran libertad de espíritu que tenía, Teresa de Jesús le respondió: “No se empeñe vuestra paternidad. Toda alma necesita un desaguadero, y el mío es usted”.

Lo que Teresa de Jesús se proponía crear con el Carmelo Descalzo eran conventos en los que las almas pudieran beber libremente, a chorros, del torrente de Dios que en cada interior mana. Por eso insiste en que no se admitan analfabetas sino mujeres de talento y, contra lo habitual en la época, quiere que sus monjas se ayuden con el trabajo provechoso de sus manos. ¿Qué tiene que ver la imagen de encapataamiento que Unamuno transmitía de aquellos grupos selectos -primero solo trece monjas, después nunca más de veintiuna- que a la hora del recreo cantan canciones amorosas profanas “Veante mis ojos y muérame yo luego, / oh dulce amor mío, lo que yo más quiero”, volviéndolas a lo divino: “Veante mis ojos, dulce Jesús bueno; / Veante mis ojos, muérame yo luego”? En Navidad y en otras festividades conventuales improvisan teatrillos, y, en suma, esas monjas saben que la Fundadora es tan enemiga de la disipación de espíritu como del rostro severo.

Pues bien, en aquella época de prohibiciones en la que se decía que en el plano religioso a las mujeres les basta con oír sermones y oír alguna lectura mientras hilan, Teresa de Jesús alza la voz: “Querría dar voces para dar a entender qué engañados están”. Le llueven persecuciones y dicen que quiere enseñar en vez de aprender. Pero ella sigue su camino. Enemiga de todo rigorismo, quiere que el espíritu vuele libre en diálogo con el pensamiento. Por eso se hizo escritora. Necesitaba contrastar su propia experiencia interior, sus vuelos, y sentía necesidad imperiosa de asociar a todos a su fascinante aventura.

Don Miguel de Unamuno dijo con acierto que “la mística es en gran parte filología”. “El cómo es esta que llaman unión —escribe Teresa en su *Libro de la Vida*— y lo que es, yo no lo sé dar a entender. En la mística teología se declara [es decir, es cosa de letrados], que los vocablos no sabré nombrarlos ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma o espíritu, tampoco. Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión”.

Exactamente esto: desnudar el alma para entender y gustar allí, en y por la palabra, algo que de suyo es intraducible, es inefable. De ahí, y de la voluntad de comunicarlo a los demás, de contagiarlo, nace el recurso espontáneo de Teresa de Jesús al lenguaje literario en todos sus estratos y niveles. Pero ¿cómo hacerlo? No tenía modelos, pero sabe que “hace falta trastornar la retórica”, liberar la palabra. Aplicaría, según eso, a su escritura el mismo principio radical de libertad que regía la actitud de su espíritu. Y por eso su literatura, escrita, en principio, para sus monjas pero destinada a todos, resultaba tan desconcertantemente nueva. Tan nueva, que algún letrado amigo sintió la necesidad de reescribir partes acomodándolas a la norma general de los escritos doctrinales. ¡Inútil empeño!

No pocos críticos modernos para explicar las anomalías que encontraban en la escritura teresiana, imaginaron que se trataba de una escritora desdoblada en rústica por humildad o para no levantar sospechas sobre su linaje. La verdad era muy distinta: a ella no la guiaba un propósito específicamente estético, pero su decisión de plenitud de verdad la llevó a agotar, tanteando formas hasta la extenuación, todos los recursos. Hasta la extenuación, digo, porque ella misma lo confiesa. De salud frágil desde joven, recorriendo interminables caminos, sin tiempo para descansar, y de pronto el mandato de escribir o la necesidad interior de escribir, que la lleva a luchar con las palabras; se le quedan cortas; no alcanzan a traducir pensamientos y sentimientos fundidos, y ha de echar mano entonces a imágenes sin cuento, y en un punto exclama: “Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo”.

Así fueron naciendo el *Libro de la Vida* y las *Fundaciones*, y las dos redacciones del *Camino de perfección* (porque la primera les pareció muy atrevida a los censores amigos) o *Las Moradas del Castillo interior*. Eran expresión y parte de la reforma más

audaz de liberación del espíritu en aquellos tiempos recios. Tan audaz que al final de sus días Teresa de Jesús había perdido el control de su Orden. Había perdido la batalla su querido Gracián y habían ganado los rigoristas. En su agonía pudo afirmar: “en fin, muero hija de la Iglesia”. Y aquella audaz reforma que liberó a los espíritus, liberó a la par la lengua castellana que, por entonces y con ellos, alcanzará sus más altas cimas.

Segunda parte

A lo largo de la lectura, de seguro han podido sorprenderos palabras que suenan como rusticismos fonéticos. A lo largo de la obra literaria teresiana aparecen también los que hoy consideramos rusticismos léxicos. Hemos oído *contino* por *continuo*, *mijor* por *mejor*, *disbarate* por *desbarate* (de desbaratar), *mesmo* y *mesma*, *tollido* por *tullido*, *espiriencia*, *ansí* por *así*, *inorantes*, *agora*, *anque* por *aunque*, *an* por *aún*, *teología* por *teología*, *escuro*, *ñudo* por *nudo*, *tiniéndola*...

He advertido antes que algunos estudiosos han venido defendiendo que esto obedecía a un concreto propósito de la escritora: no parecer culta, esto es, desclasarse. Se apoyan -mejor diría, se apoyaban, porque cada vez son menos y con menos énfasis- en algunos textos de la santa. Así, en el *Camino de perfección* dirá que “todo el estilo que pretendemos llevar es de no solo ser monjas sino *ermitañas*” y a renglón seguido exige a sus monjas que en el trato mutuo eviten los melindres léxicos. “Si os tuvieran por groseras, poco va en ello, si por hipróquitas, menos: ganaréis de aquí que no os vea sino quien se entendiere por esta lengua”. Por fin, en las “Normas para visitar conventos”, es decir, para la inspección de ellos, establece en un punto, el 42, “mirar en la manera de hablar que sea con simplicidad y llaneza y *religión*”.

Esta preocupación por la sencillez venía de antiguo en las órdenes religiosas contemplativas: San Bernardo consideraba la “curiosidad” como el primer escalón de la soberbia. Pero nos forjaríamos una idea falsa si sobre esa pauta imagináramos unos conventos teresianos de monjas de expresión hirsuta. Se excluye, sí, la afectación y el rebuscamiento, pero con igual rigor se proscribía cualquier artificioso fingimiento, como supondría el ir buscando palabras arrusticadas para crear un convencional “*código de ermitañas*”.

Teresa de Jesús, que era la espontaneidad por excelencia, está, por ejemplo, muy satisfecha de cómo le salió el *Libro de la vida*, y así escribe a don Pedro Castro: “De que acabe vuestra merced esos papeles, le daré otros: *creo le darán a vuestra merced gusto*. Ninguna cosa ha perdido vuestra merced conmigo en el estilo de sus cartas; *por mí tenía de decir a vuestra merced de la galanía de él; todo aprovecha para Dios cuando la raíz es por servirle*.

¡Y cuánto admira en esa línea a Fray Jerónimo Gracián! “¡Hame hecho alabar a nuestro Señor la manera y con la gracia que vuestra paternidad escribe, y sobre todo con la perfección. ¡Oh, padre mío! ¡Qué majestad traen las palabras que tocan esto, y qué consuelo dan a mi alma!”.

Pues bien, cuenta el Padre Gracián que, tratando con ella en Toledo en cierta ocasión algunas cosas de espíritu, ella le decía: “¡Oh!, qué bien escrito está ese punto en el libro de mi *Vida* que está en la Inquisición!”. Poco después le escribe: “*Las Fundaciones* (el libro que está escribiendo) van ya al cabo; creo *se ha de holgar* de que las vea, *porque es cosa sabrosa*. [...] ¡No sé cómo me ha quedado tiempo para lo que he

escrito...!". Tenía, pues clara conciencia de lo que era buena o mala literatura. Ella no perseguía la gloria literaria sino la eficacia de la expresión y de la comunicación.

Escribe en medio de múltiples ocupaciones y a vuela pluma. Muchas veces por la falta de tiempo. Otras porque el espíritu se desborda y la pluma no logra encauzar el torrente de vivencias. Pero cuando se trata de obras concretas -El *Libro de la Vida*, el *Camino de Perfección* o las *Moradas*-, una vez terminadas, vuelve sobre ellas, corrige y fija la escritura. Y es todavía más significativo en esta línea de la preocupación por la exactitud de lo escrito, lo que acontece con los *apógrafos*, copias de sus escritos hechas por personas ajenas, y que ella corrige. Ahí es de ver el cuidado que ella pone en enmendar lo que se ha transcrito de forma incorrecta. ¿Casa todo esto con la idea de una monja que quiere parecer rústica o que se preocupa de que no descubran que es descendiente de judeoconversos? La respuesta es, a mi juicio, clara: no.

Debemos tener en cuenta que en aquel tiempo no estaba todavía fijada la Ortografía. Quienes por nuestro oficio manejamos a diario autógrafos de Lope de Vega, por ejemplo, nos encontramos con los mismos titubeos. Hay, sí, un hecho diferencial en la escritura teresiana: que ella *de ordinario* escribe de oído; que ella transcribe el modo con que las gentes de Toledo o de Ávila hablan. *De ordinario*, digo. Porque en sus obras mayores, las tres que vengo citando, la guía una preocupación fundamental: no busca atraer la atención del lector hacia su persona, ni hacia lo que cuenta, ni hacia el modo de contarlo. Trata, por el contrario, de proyectar al lector hacia una experiencia personal análoga a la suya, con Dios, y a ese fin le facilita estímulos y orientaciones.

El resultado fue formidable. Baste un solo testimonio. Su primer editor fue otro gran literato, nada menos que Fray Luis de León, el cual decía que “el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio así en lo que se dice como en la manera en que se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido de ellas y aun cuenta a veces las letras y las pesa y mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir sino también con armonía y dulzura”.

Pues bien, quien eso ha escrito dice de los libros teresianos que “en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale”.

No cabe elogio ni más justo ni mejor.